

LAS DOS NATURALEZAS

UNA PLÁTICA CON LOS CREYENTES JOVENES

(El siguiente artículo apareció primero en el tomo 1, Núm. 5 de la revista El Cristiano, en marzo, 1926.)

Un gran número de personas que han creído en el Señor Jesús aceptándolo como su Salvador, han descubierto una nueva experiencia poco después de haber creído en El: parecen tener dos naturalezas en su corazón. Estas dos naturalezas son incompatibles una con la otra; una es maligna, y la otra es buena. Algunas veces, cuando la naturaleza buena domina, la persona se vuelve muy amorosa, paciente, bondadosa y dócil. Pero otras veces, cuando prevalece la naturaleza maligna, tal persona se vuelve celosa, malhumorada, perversa y obstinada. Los creyentes que pasan por tal experiencia, sufren constantes altibajos en su vida diaria. Algunas veces, tal parece que su condición espiritual se encuentra en la cumbre de la montaña, pero otras veces, parecen estar sumidos en un valle profundo. Esta clase de vida espiritual también es semejante a las olas del mar, algunas veces altas y otras veces bajas. ¡Los creyentes que se hallan en tal condición se desconciertan! ¿Por qué sienten gozo? ¿Y por qué se sienten tristes? ¿Por qué algunas veces somos capaces de amar tanto a cierta persona y podemos soportar las burlas de los demás? ¿Y por qué otras veces estamos tan carentes de amor y nos mostramos impacientes? Cuando esta persona se encuentra en la cumbre de su condición espiritual, experimenta paz y gozo inefables. Pero cuando está abatida espiritualmente, se llena de tristeza y se siente deprimida. Antes de haber creído en el Señor, aquella persona era bastante insensible, incluso cuando pecaba. Pero ahora es muy distinta. Tal vez, accidentalmente, diga algo equivocado o haga algo malo. Anteriormente, consideraba estas cosas como triviales y no le molestaba su conciencia. Pero ahora, se condena a sí misma y se halla sumida en un intenso *sentimiento de culpa*. Aunque nadie la condena, esta persona se reprocha a sí misma por haber hecho tales cosas.

Tal sentimiento de culpa es abrumador. Hace que el creyente se sienta avergonzado, culpable y bajo condenación. Sólo después de comprobar que el Señor ha perdonado completamente sus pecados y después de recuperar su gozo espiritual, este creyente puede sentirse contento. Sin embargo, esta clase de felicidad no le dura mucho. Aquellos creyentes que permanecen en tal nivel de crecimiento en la vida divina, muy pronto tropezarán nuevamente y ¡perderán nuevamente su gozo! Al poco tiempo, ¡se encontrarán cometiendo nuevamente el mismo pecado! Les parece tan natural caer en pecado. Es como si algún poder

interno los *dominara* en un instante, y los condujera a decir y hacer algo errado sin poder controlarse. Al estar en tal condición, dichos creyentes invariablemente se encuentran llenos de remordimiento. Invariablemente, ellos hacen ante el Señor una serie de votos y decisiones. Se imponen a sí mismos una serie de normas, con la esperanza de no cometer nuevamente el mismo error. A la vez, ruegan ser limpiados nuevamente con la sangre del Señor y procuran que el Señor los llene nuevamente del Espíritu Santo. Después de esto, parecen sentirse bastante satisfechos y creen haber dejado atrás su último pecado; piensan que de ahora en adelante se encuentran camino a la santidad. Sin embargo, los hechos son contrarios a tales deseos, pues muy pronto, quizás apenas unos días después, icaen nuevamente! Una vez más, se hunden en un profundo remordimiento a causa de su fracaso y se sienten profundamente acongojados; sus esperanzas de llegar a ser santos se hacen añicos. Todas las decisiones que tomaron y las normas que se impusieron a sí mismos, no les han servido de nada. Y aunque probablemente reciban de nuevo el perdón del Señor, les resulta difícil creer que serán capaces de refrenarse para no pecar nuevamente. Aunque todavía oran, rogando al Señor que los guarde, abrigan muchas dudas en su corazón y comienzan a preguntarse si verdaderamente el Señor puede guardarlos de volver a pecar.

Los nuevos creyentes experimentan esto con mucha frecuencia. Casi a diario, se condenan a sí mismos y se llenan de congoja. A veces se condenan a sí mismos varias veces al día, incluso docenas de veces diariamente. Tal vida en la que se encuentran vagando en el desierto, hace que lleguen a dudar hasta de haber sido regenerados. Pues, ¿acaso no dicen las Escrituras: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado”? (1 Jn. 3:9). Así que, llegan a pensar que si pecan todo el tiempo, ¡probablemente quiere decir que todavía no han sido regenerados! La desilusión y el desaliento que sienten en tales ocasiones son tan profundos, que incluso con lágrimas no pueden ser expresados.

Puesto que estos creyentes han experimentado muchos fracasos, se proponen permanecer alertas y resuelven combatir hasta el final en contra del pecado que mora en ellos. Constantemente se recuerdan a sí mismos que deben permanecer en guardia por si sus antiguas debilidades los atacaran nuevamente. Procuran mejorar en aquellas áreas en las que antes han fracasado constantemente. Han resuelto despojarse “del pecado que tan fácilmente nos enreda” (He. 12:1). Por supuesto, esto les ayuda mucho en cuanto a su conducta externa. Sin embargo, el pecado que mora en ellos sigue tan activo como antes; no han logrado sofocar su energía. A la postre, dichos creyentes fracasan nuevamente. Consideremos el caso de alguien que procura dominar su mal genio. Después que un creyente se da cuenta de que su pecado recurrente consiste en que fácilmente da rienda suelta a su enojo, procurará estar alerta y controlarse en todo momento. Quizás esto le dé resultado cuando se trata de pequeños inconvenientes; tal vez le ayude a vencer una o dos tentaciones. Sin embargo, aunque sea capaz de contener su ira temporalmente, cuando los demás continúen irritándolo, llegará el momento en que dará rienda suelta a su ira. Quizás haya tenido éxito en algunas ocasiones, pero en cuanto se descuide, se

enojará nuevamente. Cuando es tentado, probablemente haya un conflicto muy grande en su corazón. Por un lado, este creyente sabe que no debe enojarse, sino que debe ser amable. Por otro lado, cuando considera cuán irracional y ofensiva es la otra persona, siente la necesidad de defenderse y castigar tal comportamiento. Esta clase de conflicto resulta bastante común entre los creyentes. Lamentablemente, con frecuencia el resultado es el fracaso en lugar de la victoria. Una vez que agotan su paciencia, fracasan nuevamente. Una persona que verdaderamente ha sido regenerada, atraviesa con frecuencia por esta clase de experiencias al comienzo de su vida cristiana. ¡No podemos saber cuántas lágrimas son derramadas a causa de las derrotas que experimentamos en esta clase de conflictos internos!

Amados hermanos, ¿han sufrido ustedes las experiencias que acabamos de describir? ¿Quieren conocer el motivo de todas ellas? ¿Desean superarlas? Quiera el Señor bendecir nuestra plática el día de hoy, a fin de que aprendamos a crecer en Su gracia.

Antes de hablar de nuestra condición actual, necesitamos primero comprender qué clase de persona éramos antes de creer en el Señor. Después, hablaremos de nuestra condición después de haber creído. Sabemos que somos personas compuestas de tres partes: el espíritu, el alma y el cuerpo. El *espíritu* es el órgano con el cual tenemos comunión con Dios. Los animales no tienen espíritu y, por tanto, no pueden adorar a Dios. El *alma* es el asiento de nuestra personalidad. Nuestra voluntad, mente y parte emotiva son funciones que corresponden a nuestra alma. Y el *cuerpo* es nuestro caparazón exterior. Aunque el hombre es un ser caído, todavía posee estas tres partes. Y después de haber sido regenerado, el hombre aún posee estas tres partes. Cuando Dios creó al hombre, lo creó con la capacidad de tener conciencia de sí mismo; así, el hombre era una criatura viviente y poseedora de una conciencia. El hombre tenía un espíritu y, por ello, difería de las otras clases inferiores de criaturas. Además, el hombre poseía un alma y, por ende, difería de los ángeles de luz, quienes son únicamente espíritu. La parte central del hombre era su espíritu, el cual controlaba todo su ser; es decir, el espíritu del hombre controlaba su alma y su cuerpo. El hombre vivía completamente en función de Dios; las emociones de su alma y las exigencias de su cuerpo estaban todas gobernadas por su espíritu y tenían como único propósito glorificar a Dios y adorarlo.

Pero ¡he aquí que el hombre cayó! Esta caída no eliminó ninguno de los tres elementos de los cuales estaba compuesto el hombre. Sin embargo, el orden de estos tres componentes fue alterado. La condición del hombre cuando aún estaba en el huerto del Edén, nos muestra claramente que la humanidad se había rebelado contra Dios; su amor por Dios había cesado, y el hombre se había declarado independiente de Dios. Génesis 3:6 dice: “Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer [esto alude a los apetitos del cuerpo, los cuales surgen primero], y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable [esto alude al afecto que surge de

nuestra parte emotiva en el alma, el cual surge después que los deseos del cuerpo se han manifestado] para alcanzar la sabiduría [tal era la insinuación hecha por Satanás: “Y seréis como Dios, sabiendo...” (3:5); Se trataba, por tanto, del espíritu que rechazaba a Dios y del hombre que procuraba satisfacer los apetitos del alma y del cuerpo; esto es lo que ocurre finalmente]”. Así, el hombre cayó, y su espíritu, su alma y su cuerpo se vieron afectados. Entonces, el espíritu quedó sujeto al alma, y el alma fue dominada por sus muchas tendencias. El cuerpo, a su vez, desarrolló muchos deseos y apetitos anormales, con los cuales seducía al alma. Originalmente, el espíritu era quien dirigía al hombre; pero ahora, era el cuerpo el que lo dirigía a fin de satisfacer sus concupiscencias. En la Biblia, a estos apetitos del cuerpo se les llama: la carne. A partir de ese momento, el hombre llegó a ser carne (Gn. 6:3). Esta *carne* constituye ahora la *naturaleza* propia del hombre que ha pecado; ha llegado a ser la constitución natural del hombre. La naturaleza de nuestro ser es aquel principio vital o constitución intrínseca que rige todo nuestro ser. Desde los tiempos de Adán, todo aquel que es nacido de mujer lleva en sí esta naturaleza pecaminosa; es decir, todos somos de la carne. Después de haber comprendido cuál es el origen de la carne y que la carne no es sino nuestra naturaleza pecaminosa, ahora podemos considerar el carácter de esta carne. No podemos esperar que esta carne mejore. La naturaleza humana es muy difícil de cambiar; de hecho, no cambiará. El Señor Jesús dijo: “Aquello que es nacido de la carne, carne es”. Notemos el último vocablo: “es”. Aquello que es nacido de la carne, es carne. No importa cuánto se reforme una persona, ni cuánto mejore y se eduque, la carne *sigue* siendo carne. No importa cuánto una persona se esfuerce por hacer actos caritativos y de benevolencia, por brindar ayuda a los más necesitados, por amar a los demás o servirlos; aún así, *sigue* siendo carne. Aun si pudiera hacer todas estas cosas, seguirá siendo carne. “Aquello que es nacido de la carne, carne es”. Puesto que lo que nace es carne, carne será el resultado final. No hay ningún hombre sobre la tierra que pueda cambiar su propia carne. Tampoco *Dios, que está en los cielos*, puede cambiar la carne del hombre, es decir, la naturaleza del hombre.

Puesto que Dios vio que era imposible enmendar, mejorar o cambiar la naturaleza pecaminosa del hombre, El introdujo el maravilloso camino de la redención. Sabemos que el Señor Jesús murió por nosotros en la cruz del Gólgota. También sabemos que al creer en El y recibirlo como nuestro Salvador, *somos salvos*. Pero, ¿por qué Dios nos libra de la muerte y nos da vida una vez que hemos creído en el nombre de Su Hijo? Si este acto de creer no implica una *transacción* real en lo referente a nuestra vida, lo cual difiere de un mero “*cambio*” o reforma, ¿acaso Dios no estaría llevando al cielo a hombres que todavía están llenos de pecado? Ciertamente, tiene que haber un profundo mensaje implícito aquí.

Después que creímos en el Señor Jesús, Dios no nos deja seguir viviendo según nuestra naturaleza pecaminosa, esto es, según la carne. Dios sentenció al Señor Jesús a morir debido a que El se había propuesto, por un lado, que el Señor fuese hecho pecado por nosotros y, por otro lado, que la vieja creación adámica fuese

crucificada juntamente con Cristo; de esta manera, El podría impartirnos una nueva vida. Cuando creímos en el Señor Jesús como nuestro Salvador, Dios nos dio esta nueva vida, la cual trae consigo una nueva naturaleza. “Por medio de las cuales El nos ha concedido preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 P. 1:4). Cuando creímos, Dios nos impartió Su propia vida, la vida divina, juntamente con la naturaleza divina. Esta naturaleza es absolutamente nueva, y difiere completamente de nuestra vieja naturaleza pecaminosa. Tal naturaleza no es producto de haber mejorado nuestra vieja naturaleza. Más bien, en el instante mismo en que creímos en el Señor Jesús aceptándolo como nuestro Salvador, ocurrió una transacción misteriosa. Esto es la regeneración, la cual consiste en nacer de arriba y en recibir la vida de Dios y la naturaleza de Dios. La regeneración no es algo que el hombre pueda sentir; más bien, es la operación del Espíritu Santo de Dios en nuestro espíritu, mediante la cual nuestro espíritu recobró la posición que había perdido y la vida de Dios se estableció en nuestro espíritu. “El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Jn. 3:8). *Todos* aquellos que verdaderamente han creído en el Señor Jesús, poseen el Espíritu Santo, el cual opera en ellos de esta manera. Aquellos que sólo ejercitan sus labios o su mente al creer, en realidad no han sido regenerados; pero todos aquellos que creen con el corazón, son salvos (Ro. 10:9) y ciertamente han sido regenerados.

Ahora bien, *dos naturalezas* surgen en el creyente. Una es la naturaleza pecaminosa, la carne, la cual es la naturaleza del viejo Adán; y la otra es la vida espiritual, el “espíritu nuevo”, cuya naturaleza es la de Dios. Hermanos, ustedes han creído en el Señor Jesús y saben que son salvos. Por este motivo, ya han sido regenerados. Ahora, deben saber que en ustedes coexisten *dos naturalezas*. Estas dos naturalezas son causa de innumerables conflictos internos. La razón por la que ustedes fluctúan de arriba a abajo y por la cual alternan entre la victoria y la derrota, es que estas dos naturalezas ejercen influencia sobre ustedes. Estas dos naturalezas son la clave para comprender el enigma de una vida constante de lucha.

El hecho de que un nuevo creyente experimente conflictos internos y sentimientos de culpa, *comprueba* que éste ha sido regenerado. Una persona que no ha sido regenerada, aún está muerta en sus pecados. Si bien es posible que a veces se sienta condenada por su conciencia, tal sentimiento de culpa es bastante vago. Si una persona no posee la nueva naturaleza, es obvio que no experimentará conflicto alguno entre la nueva naturaleza y la vieja naturaleza.

La Biblia describe claramente el conflicto que existe entre la nueva y la vieja naturaleza. En Romanos 7, valiéndose de su propia experiencia, Pablo describe vívidamente la clase de vida que llevamos al estar inmersos en tal conflicto: “Porque lo que hago, no lo admito; pues no practico lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (v. 15). Este es el conflicto que existe entre la nueva y la vieja

naturaleza. La descripción hecha aquí corresponde a la experiencia de un creyente recién nacido. Cuando atraviesa por tales experiencias, esta persona es todavía un bebé en Cristo. Por encontrarse en la infancia de su vida espiritual, todavía es infantil y desvalido. En este versículo, la nueva naturaleza es la que “quiere” y “aborrece”. Si bien la nueva naturaleza quiere hacer la voluntad de Dios y aborrece el pecado, la vieja naturaleza es demasiado fuerte. Esto, junto a lo débil que pueda ser la voluntad de una determinada persona, lo impulsa a pecar. Sin embargo, la nueva naturaleza no peca. “De manera que ya no soy yo quien obra aquello, sino el pecado que mora en mí” (v. 17). El primer sujeto es el “yo”, el cual corresponde a la persona que posee la nueva naturaleza. Aquí, “el pecado” es otro nombre dado a la vieja naturaleza. Por tanto, este versículo significa que quien peca no es el nuevo “yo”, sino la naturaleza pecaminosa. Por supuesto, esto no exime de responsabilidad al hombre. A continuación, Pablo describe las contradicciones que existen entre la nueva naturaleza y la vieja naturaleza, esto es, la contradicción que existe entre la naturaleza pecaminosa y la vida espiritual.

“Pues yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso practico ... Así que yo, queriendo hacer el bien, hallo esta ley: Que el mal está conmigo. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que está en guerra contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (Ro. 7:18-23). Esta es la experiencia común de todos los creyentes: deseamos hacer el bien, pero somos incapaces de hacerlo; así como también deseamos oponernos a lo malo y, no obstante, somos incapaces de resistirlo. Cuando la tentación viene, cierto poder (una “ley”) anula nuestro anhelo de santidad. Como resultado de ello, hablamos lo que no debíamos hablar y hacemos lo que no debíamos hacer. A pesar de tantas resoluciones y votos, somos incapaces de evitar que tal poder opere en nosotros.

En Gálatas, Pablo describe nuevamente el conflicto que existe entre estas dos naturalezas: “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis” (5:17). La vieja naturaleza y la nueva naturaleza son enemigas la una de la otra. Ambas luchan por ganar *absoluta* primacía sobre nosotros. La vieja naturaleza tiene sus propios deseos y su propio poder, y la nueva naturaleza también tiene los suyos. Ambas naturalezas existen en nosotros simultáneamente. Por tanto, el conflicto es constante. Esto es similar a cuando Esaú y Jacob estaban en el vientre de Rebeca; el uno era diametralmente opuesto al otro, y pugnaban entre sí aun dentro del vientre de su madre. Cuando el Hijo de Dios estuvo en la tierra, todas las potencias terrenales confabulaban para matarlo. Asimismo, mientras el Hijo de Dios viva en nuestro corazón como nuestra nueva vida, todos nuestros deseos carnales pugnarán por echarlo fuera.

Antes de continuar, es necesario que primero entendamos las características que ambas naturalezas poseen. La vieja naturaleza es nacida de la carne. Así que, en ella “no mora el bien” (Ro. 7:18). Por su parte, la nueva naturaleza procede de Dios, y por tanto “no puede pecar” (1 Jn. 3:9). La nueva naturaleza y la vieja naturaleza difieren por completo. No sólo proceden de dos fuentes distintas, sino que difieren incluso en cuanto a su función. Sin embargo, ambas coexisten en el creyente. La vieja naturaleza es la carne. “Y los que están en la carne no pueden agradar a Dios” (Ro. 8:8). La nueva naturaleza es el espíritu nuevo. “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y con veracidad es necesario que adoren”. Si no tuviéramos que compararla con la nueva naturaleza, en términos humanos, la vieja naturaleza no nos parecería tan mala, pese a sus tendencias a ser indulgente consigo misma y a la concupiscencia. Sin embargo, cuando una persona ha sido regenerada, junto con la nueva vida recibe una nueva naturaleza. Al comparar la nueva naturaleza con la vieja naturaleza, las verdaderas características de la vieja naturaleza son puestas en evidencia.

En contraste con la nueva naturaleza, resulta evidente que la vieja naturaleza es maligna, mundana e incluso demoníaca. La nueva naturaleza, por su parte, es santa, celestial y divina. Con el paso del tiempo, la vieja naturaleza se ha mezclado profundamente con nuestra persona misma; por eso, se requiere de un tiempo bastante prolongado para que, en nuestra experiencia, esta vieja naturaleza sea anulada. La nueva naturaleza recién ha nacido en nosotros y, debido a que la carne y la naturaleza pecaminosa han llegado a ser tan fuertes en nuestro ser, tanto el crecimiento de la nueva naturaleza como el desarrollo de sus funciones se hallan reprimidos. Por supuesto, hablamos únicamente desde la perspectiva humana. Esto es semejante a las espinas que ahogan el crecimiento de la semilla, la palabra de Dios. Debido a que ambas naturalezas se oponen entre sí, cuando viene la tentación, experimentamos conflictos feroces. Puesto que la vieja naturaleza se ha hecho tan fuerte y la nueva naturaleza todavía es débil, frecuentemente terminamos haciendo aquello que no deseamos hacer y no somos capaces de hacer aquello que quisiéramos. Ya que la nueva naturaleza es santa, cuando fracasamos, nos sentimos profundamente arrepentidos y nos condenamos a nosotros mismos, suplicando que la sangre de Cristo nos limpie del pecado. Hermanos, ahora pueden comprender por qué experimentan conflictos internos. Tal clase de conflictos demuestra con absoluta certeza que ustedes han sido regenerados.

Ahora, la pregunta más crucial es: ¿Cómo podemos obtener la victoria? En otras palabras, ¿cómo podemos rechazar el poder que ejerce sobre nosotros la vieja naturaleza así como la operación que ésta realiza en nosotros? Además, ¿cómo podemos andar según las aspiraciones de la nueva naturaleza, a fin de agradar a Dios? Leamos los siguientes tres versículos:

“Pero los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias” (Gá. 5:24).

“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”. “Digo pues: Andad por el Espíritu, y así jamás satisfaceréis los deseos de la carne” (vs. 25 y 16).

Estos tres versículos nos muestran dos maneras de vencer la carne, o sea, la naturaleza pecaminosa, la vieja naturaleza, la naturaleza adámica. De hecho, ambas maneras no son sino dos aspectos o fases de un mismo método: la cruz y el Espíritu Santo conforman la única manera en la que podemos vencer la naturaleza pecaminosa. Aparte de este único camino, cualquier resolución humana, voto o determinación, está destinado al fracaso.

Hemos visto que todos nuestros fracasos son causados por la tenacidad de la naturaleza pecaminosa; llegamos a caer muy bajo debido a tal naturaleza. Por tanto, si vencemos o no, dependerá de si somos capaces de enfrentarnos a nuestra naturaleza pecaminosa, la cual es nuestra carne. Damos gracias a Dios porque, aunque somos tan débiles, El ha preparado la manera para que vencamos. En la cruz, Dios preparó el camino para nosotros. Cuando el Señor Jesús fue crucificado, El no sólo murió por nosotros, sino que además, El crucificó nuestra carne *juntamente con El* en la cruz. Por tanto, la carne de todos los que pertenecemos a Cristo Jesús y que hemos sido regenerados, ha sido crucificada. Cuando El murió en la cruz, nuestra carne también fue crucificada. La muerte del Señor Jesús fue una muerte que incluyó dos aspectos: una muerte vicaria, y una muerte con la cual podemos identificarnos y a la cual podemos estar unidos. Ambos aspectos fueron *plenamente* realizados en la cruz. Anteriormente, creímos en Su muerte vicaria y fuimos regenerados. Y ahora, de la misma manera, creemos que nuestra carne ha sido crucificada juntamente con El y, así, somos llevados a experimentar la muerte de nuestra carne.

Sabemos que la carne nunca dejará de ser carne. Por eso Dios nos dio una nueva vida y una nueva naturaleza. Pero entonces, ¿qué haremos con nuestra carne? Puesto que Dios la consideró sin esperanza y sin posibilidad alguna, El determinó darle fin, es decir, la hizo morir. No hay otra opción que la de hacer morir la carne. Por tanto, “los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias”. Esto es hacer morir la carne. Y esto es lo que logró el Señor Jesús; ¡El ya lo ha logrado! Al crucificar nuestra carne juntamente con El, hizo posible que nosotros hagamos morir nuestra naturaleza pecaminosa. Esto ha sido logrado sin ningún esfuerzo de nuestra parte.

¿Cómo conseguimos experimentar esta crucifixión? Hemos dicho que la manera de hacerlo es por medio de la fe. Romanos 6:11 dice: “Así también vosotros, consideraos muertos al pecado”. Aquí, **el pecado se refiere a nuestra naturaleza pecaminosa, la cual es nuestra carne**. Por nosotros mismos no podemos hacer morir la carne. La única manera de lograrlo es considerarla muerta. Pero para considerarla muerta, para reconocerla como tal, debemos ejercitar nuestra voluntad y nuestra fe. Esto implica que diariamente adoptemos la actitud de que estamos muertos para la carne, que creamos en la palabra de Dios y que

consideremos que todas las palabras de Dios son verdaderas. Dios afirma que nuestra carne fue crucificada juntamente con el Señor Jesús; por tanto, yo creo firmemente que mi carne ha sido verdaderamente crucificada. Por una parte, tenemos fe en que estamos muertos; por otra, adoptamos la actitud de que verdaderamente ya estamos muertos. Si hacemos esto, tendremos la genuina *experiencia* de morir al pecado.

Si reconocemos esto como un hecho, veremos cómo la cruz nos libera y cómo la carne pierde su poder. Lo cierto es que, una vez que nos consideramos muertos, experimentamos victoria inmediata. No obstante, muchos experimentan una liberación gradual del poder de la carne. Esto se debe a su propia necedad o a que los espíritus malignos persisten. Pero si perseveramos en la fe y ejercitamos nuestra voluntad adoptando la actitud apropiada, obtendremos finalmente la victoria. Sin embargo, esto no quiere decir que de ahora en adelante la naturaleza pecaminosa ya no estará presente en nosotros, y que sólo tendremos la nueva naturaleza. Si afirmásemos tal cosa, caeríamos en herejía. Además, esto haría confusa la enseñanza de la Biblia y no sería fiel a la experiencia real de los santos. Hasta que seamos librados de este cuerpo de pecado, nunca seremos completamente libres de la “carne” —nuestra naturaleza pecaminosa—, la cual se origina en el cuerpo de pecado. Aunque hemos aceptado la obra de la cruz, necesitamos continuamente “andar por el Espíritu”, ya que la carne todavía está presente en nosotros. Si hacemos esto, jamás satisfaremos “los deseos de la carne”.

La cruz es el instrumento mediante el cual crucificamos la carne. Y el Espíritu Santo es el poder por el cual evitamos que la carne resucite. *En un sentido negativo*, debemos creer que fuimos crucificados juntamente con Cristo en la cruz, a fin de que no llevemos una vida en la carne. *Y en un sentido positivo*, debemos andar conforme al Espíritu, a fin de que la carne no sea despertada. Muchos creyentes experimentan la resurrección de su carne debido a que no ponen esto en práctica. Cada vez que no andamos conforme al Espíritu Santo, le estamos dando la oportunidad a la carne de regir sobre nosotros. Pero si en todas las cosas andamos conforme al Espíritu, la carne no tendrá oportunidad alguna.

Una persona puede leer en la Biblia acerca de la manera de vencer la carne, la naturaleza pecaminosa, y puede escuchar a otros hablar acerca de ello. Pero sólo cuando compruebe esto por experiencia propia, comprenderá que se trata de algo real. Con frecuencia he dicho que es posible experimentar esto en el mismo momento en que creemos en el Señor. Sin embargo, en mi caso, ipasó mucho tiempo antes de que lo experimentara! ¿Por qué sucede así? Porque muchas veces nos esforzamos por nuestra propia cuenta. Aunque afirmamos que confiamos en la cruz, en un treinta por ciento de los casos en realidad estamos confiando en nosotros mismos o en nuestras propias “consideraciones”. Muchas veces Dios permite que seamos derrotados, para que nos demos cuenta de que nada en nuestra propia experiencia es digno de confianza. Incluso “considerarnos muertos”, por cuenta propia, no reviste mérito alguno. Por eso afirmamos que, en cuanto

reconocemos nuestra verdadera condición por fe, experimentamos la victoria; y también es correcto afirmar que obtenemos la victoria sólo mediante una aprehensión gradual.

Hermanos, ahora pueden comprender las dos naturalezas y la manera de vencer la carne. Al leer esto, pueden ejercitar su fe para considerarse muertos al pecado y pueden orar pidiendo que el Espíritu Santo aplique la cruz del Señor Jesús en su ser de una manera profunda, de modo que puedan experimentar la victoria sobre el pecado. Después de esto, deben tomar la determinación de andar por el Espíritu Santo. Anteriormente, fracasaron en cumplir tal determinación. Pero ahora, deben pedir *que el Espíritu Santo los fortalezca en su voluntad*, de tal modo que ésta se someta a la nueva naturaleza. La voluntad es como un timón que puede hacer girar la nave entera. Sin embargo, un timón que no funciona es inútil. Una vez que el Espíritu Santo los haya fortalecido, deben ejercitar dicha voluntad para andar conforme al Espíritu Santo. Recuerden que la carne nunca desaparece; la carne siempre está presente. Pero si andan por el Espíritu Santo, podrán crucificar continuamente la carne. De otro modo, la carne les causará sufrimiento. Andar en el Espíritu significa confiar calmadamente en el Espíritu Santo para todo, a fin de que manifestemos los nueve aspectos del fruto del Espíritu Santo. El Señor nos guiará de una manera concreta, paso a paso, a adentrarnos en el misterio que este asunto representa. Sin embargo, por nuestra parte, debemos ser fieles.